

EL SECRETO DE LA DICHA

POR

RICARDO CODORNÍU

INGENIERO DE MONTES

ÍNDICE DECIMAL 239

♦♦♦♦♦♦♦♦♦♦
—————
2.^a EDICIÓN
—————
♦♦♦♦♦♦♦♦♦♦

1926

TIP. SUCESORES DE NOGUÉS

MURCIA

BIBLIOTECA REGIONAL



1050182

DMU
4099

Tit
36238



Carolina Codorniu Vda.
de Pérez Urruti
González Adalid, 6 - MURCIA

El Secreto de la Dicha

El Secretario de la Dicha

X

R. 1398

EL SECRETO DE LA DICHA

POR

RICARDO CODORNÍU

INGENIERO DE MONTES

ÍNDICE DECIMAL 239



1926

TIP. SUCESORES DE NOGUÉS

MURCIA



R. 102. 479





RICARDO CODORNÍU

1846 - 1923

=====

NOTA PARA UN BOCETO DE
DON RICARDO CODORNÍU, EL
APÓSTOL DEL ÁRBOL

Físicamente, era alto, recio, corpulento. *Barbas blancas, abundantes, partidas. Ojos azules, claros, de confiado mirar. Expresión siempre sonriente, afable, acogedora. Mano temblorosa que parece bendecir indulgente. Buen andador. Un leve chambergo flexible, descuidado, remata su atrayente figura de viejo simpático e hidalgo.*

Moralmente, era la bondad, la sencillez. *Virtud risueña y fuerte. Desinterés absoluto. Caridad secreta. Ardiente fe de propagandista. Culto a la amistad. Rectitud inquebrantable. Profundo sentido de la trascendencia de la vida.*

Creyente fervoroso, viejo cristiano. Su hermosa Fe exaltada le hizo esperar sin pena, con alegre resignación la muerte implacable. Siempre la miró como simple tránsito hacia luminosos esta-

dos de perfección y de dicha. A los 30 años hizo un testamento que hubiera podido suscribirlo al morir, a los 77 años. Trabajador esforzado, buen aprovechador del tiempo. Amor efusivo hacia los débiles; culto al árbol, a los pájaros. Adhesión cordial a las nobles causas de fraternidad humana; esperantista. Venerable Patriarca de copiosa familia.

Intelectualmente, tenía sólida preparación literaria, científica. Afición incansable a escribir divulgando. Entusiasta de su profesión. Ingeniero de Montes distinguidísimo; creador del servicio Hidrológico-Forestal, repoblador de la Sierra de Espuña, primera obra y modelo de las de su clase en España. Inspirador de la política forestal española durante un cuarto de siglo. Corresponsal de altos centros científicos extranjeros. Autor de medio centenar de folletos y conferencias dedicadas desinteresadamente a la propaganda forestal.

Alentador cariñoso de los jóvenes. Mereció bien de la Patria por su obra sabia, buena, fecunda.

Su figura venerable, su corazón infantil, su alta mentalidad dedicada especialmente al proselitismo fervoroso por la repoblación arbórea de nuestras montañas, le conquistaron innúmeros amigos y admiradores, que unos le decían el Vie-

jo Forestal, por su conocido seudónimo, y todos le llamaban el Apóstol del Arbol.

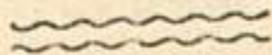
Que su vida ejemplar trascienda y que sus nobles enseñanzas se difundan con la misma inagotable profusión con que él, incansable y generoso, esparció en medio siglo de propaganda denodada, semillas de ideas y de árboles en el seno adormecido de la sociedad, de la tierra española...

GABRIEL D'AGUERRIÁ



ADVERTENCIA

Me acerco a cumplir los ochenta años y he vivido feliz, de modo que tengo experiencia suficiente para hablar de la dicha. Los que me conocen saben que, prescindiendo de las fórmulas sociales en que se afirma en superlativo lo que en ocasiones apenas merece un modesto diminutivo, soy de los que jamás dicen lo que no sienten; aunque a veces, por respetos humanos o por conservar la paz he disimulado mis pensamientos. Al hallarme en las fronteras de la eternidad creo deber mío dejar consignado en abreviatura lo que pienso respecto a la realización de la dicha en la tierra, por si alguien lo aprovechara.





LA RELIGIÓN CATÓLICA

Los pensamientos y los actos del hombre son resultado de sus cualidades físicas, de su temperamento, de su carácter, de sus hábitos, de sus creencias; pero todo ésto es modificable, dentro de ciertos límites, por el estudio y la lectura, por la reflexión, por la voluntad y por el ejercicio, que crea costumbres. Sin duda la Religión es lo que más influye para fijar las cualidades morales del hombre y para guiar sus actos.

Por desconocimiento de la Religión Católica, se supone con harta frecuencia que, prometiéndole al hombre dichas sin cuento en la otra vida, si se acomoda fielmente a sus preceptos, mientras permanece en la tierra le tiene encerrado en un círculo de hierro, imponiéndole mortificaciones, y se repite aquello de que el camino de la virtud está lleno de abrojos y el del vicio de dichas;

pero aunque la Religión nos impone ciertos deberes y nos obliga a reprimir las malas pasiones, en realidad nos quita abrojos y espinas de nuestro camino, nos alegra, nos vigoriza y hace que seamos mucho más felices en esta vida, que cuantos la recorren sin freno.

Montesquieu dijo: «Cosa admirable es la religión cristiana, pues aunque parece no tener otro objetivo que nuestra dicha en la otra vida, asegura también nuestra felicidad en la tierra». En efecto, se la compara justamente con aquel madero que arrojado al paso de los israelitas por el desierto en las amargas aguas de Mara, las transformó en dulces. San Juan Evangelista escribió: «Si observas los mandamientos y pones tu confianza en Dios serás semejante a los árboles plantados en las márgenes de un río, que dan en abundancia frutos sazonados». Recuérdese también que David afirma que apesar de los muchos años que había vivido, nunca vió abandonado al justo.

Y si ésto es producto de las ideas religiosas, su falta es la mayor desgracia que puede ocurrir al hombre. Rousseau dijo de los que tratan de borrarlas del corazón del pueblo: «Los filósofos racionalistas quitan a los afligidos el único consuelo de su miseria, a los poderosos y ricos el único freno de sus pasiones, arrancan del fondo

del corazón los remordimientos del crimen, la esperanza de la virtud, y ¡se precían de ser los bienhechores del género humano! Aseguran que la verdad nunca es perjudicial a los hombres, y yo estoy conforme, por ser la demostración de que lo que dicen no es la verdad».

Mas debemos recordar que la dicha debida a las ideas religiosas y al cumplimiento de sus preceptos es proporcional a nuestra fe y a la decisión con que los seguimos. El católico tibio, que oye misa los domingos y que cree que con no robar ni matar ha cumplido, poco puede esperar de su catolicismo, y no se diferenciará mucho su dicha en la tierra de la que logra el ateo. En cambio, el que penetrado de la verdad y de la bondad de las máximas evangélicas trata de seguirlas, aunque no se halle libre de pecado, por ser grande la fragilidad humana, cometerá faltas de las menos graves y disfrutará dichas mucho mayores que el librepensador; y quien en todo ajusta su vida a las máximas de perfección que dicta el Evangelio, en medio de sus privaciones y trabajos vivirá en el Cielo antes de morir, y será un santo en toda la extensión de la palabra. Pero dejando a un lado a los santos, porque no puedo yo dictar reglas de perfección evangélica, dirijo estas notas a los hombres vulgares, que ni son santos ni malvados, y aspirando a hallar su dicha

en la tierra y en el cielo desean ser guiados para alcanzarla.

Adviértase que no sólo reporta dichas por las prácticas religiosas el hombre, considerado aisladamente, sino también la familia y la nación, y trataré de demostrarlo, pero no se olvide que el egoísmo, que nos hace mirar con benignidad nuestras malas acciones y exagerar el valor de las buenas, impide que los resultados sean tan notables como lo serían si el amor propio no nos cegara.





LA FE

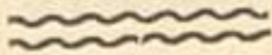
La fe en lo que la Iglesia Católica nos manda creer es agente precioso para la tranquilidad del espíritu, pues como dijo el abate Moigno: «es telescopio bendito de la inteligencia, que revela al hombre las verdades que tanto le interesa descubrir, como son: Dios, nosotros mismos, nuestro origen, nuestros futuros destinos, nuestros deberes, y el camino que nos ha de conducir a la dicha eterna». La fe es manantial imprescindible para nuestra felicidad.

Muy general es que viejos que presumen de librepensadores, al recordar la dicha que disfrutaron cuando eran creyentes, se lamenten de haber perdido la fe, mas suelen cruzarse de brazos para que Dios haga el milagro de devolvérsela de un soplo. Y sin duda lo puede hacer y lo hace en ocasiones; pero el que de veras desee creer, debe

pedir a Dios con insistencia que le ilumine, debe leer obras de apologética cristiana, y sobre todo, debe ajustar su conducta a las máximas de la Religión, por ser de esperar que Dios abra los ojos al que practica, mientras aquellos que temen por su conducta ir al infierno se convencen con facilidad de que no lo hay. Estoy persuadido de que se pueden conocer la certeza de muchas de las verdades de la Religión sin más auxilio que el de la razón humana, aunque «inadecuadamente», según dicen los teólogos; mas para creer todo lo que la Iglesia afirma es indispensable el auxilio divino, que nunca se niega al que lo busca por el camino indicado. Ciertamente no suelen ser los artículos de la fe los que estorban para la conversión, sino los mandamientos de Dios y de la Iglesia.

El que quiera tener fe o volver a adquirirla, debe en primer lugar enterarse bien de lo que constituye nuestro credo, y es muy probable encuentre que no son artículos de la fe muchos de los que se consideran como tales por los sectarios. Y también verá que otras cosas que se admiten, son opiniones, más o menos respetables, de escritores religiosos; pero que no forman parte de la esencia de la Religión. Además, al invitar a que se estudie nuestra fe y las pruebas de su verdad, no pretendo que se analice todo con

detalle, pues no hay quien posea la ciencia necesaria para comprenderlas no siendo teólogo; pero una vez convencido de la certeza de algunas, que a primera vista pudieron parecerle absurdas, y de ciertos hechos innegables que atestiguan otras verdades, para convencerse del resto sólo necesita saber que la Iglesia las admite, y ésta es la suprema razón para todo cristiano.





LA VERDAD DE LA RELIGIÓN CATÓLICA

En numerosas obras pueden hallarse los argumentos que apoyan la verdad de la Religión, como en el «Epítome de Apologética» del Padre Ruiz Amado y en su obra titulada «Nuestra Fe», en las «Cartas a un excéptico» de Balmes, en la monumental del abate Moigno «Los esplendores de la Fe», etc., etc. Imposible es dar aquí, dentro del cuadro que nos hemos trazado, una ligera idea de ello, por lo que sólo se consignarán breves indicaciones relativas a este punto.

Recordemos que Voltaire, refiriéndose a la existencia de Dios, dijo que no podía comprender que hubiera un reloj sin relojero que lo construyera, y añadiré que el abate Moigno se expresó en los siguientes términos: «Los hechos del instinto, precisos, observados y experimentados por Cuvier, me han hecho creer que son inexplicables».

cables sin una causa providencial, y es sabido que el instinto obra espontáneamente, sin educación anterior, sin vacilaciones, sin cálculo, sin estudio de los obstáculos.

Jules Duval afirmó lo siguiente: «Confesemos que el ateo es un pobre insensato, un loco furioso, obligado a creer en un mundo sin razón de ser, en obras admirables sin obrero, en efectos inmensos y continuos sin causa».

Claudio Bernad dijo que cada ocho años cambia por completo toda la materia del cuerpo humano. Sentado esto, si no hubiera más que materia no podríamos recordar hechos olvidados por nosotros durante diez o veinte años. Y a mi mente acuden ahora sucesos ocurridos hace 65 años, en que no volví a pensar desde entonces.

Para dar pábulo a las propias pasiones hay muchos que suponen que con negar la existencia de Dios o del infierno ya los han suprimido. ¿Dejaba antiguamente de girar la Tierra porque se creyera que estaba fija en el centro del universo? ¿Dejaba el sol de cruzar el espacio con velocidad vertiginosa cuando se le supuso quietecito y entretenido en ver como en torno suyo daban vueltas planetas, satélites y cometas? Por cierto que Rousseau dijo: «Dadme un hombre justo, sóbrio y casto que niegue la existencia de Dios y del alma, que yo no lo encuentro», y Voltaire afir-

mó: «Si lo que es imposible, Dios no existiese, habría que inventarlo».

Añade el P. Ruiz Amado que por la Divina Revelación se nos mostró con sólida certidumbre cuando necesitamos saber para enderezar nuestra vida por los caminos de la paz hacia el término de la perfecta felicidad, «Seguramente, sólo por la evidencia y por la Revelación llegamos al conocimiento de las verdades indiscutibles».

No olvidemos el erróneo concepto que el mundo tuvo de la dignidad del trabajo manual hasta que lo ennobleció Jesucristo. Aristóteles decía que toda profesión mecánica, toda especulación mercantil eran trabajos degradantes y contrarios a la virtud. En la «República» de Platón el trabajo manual era incompatible con los derechos políticos, y el comercio un delito para los ciudadanos. Según Cicerón: «Jamás saldrá nada noble de una tienda o de un taller. El salario es el precio de la servidumbre, el comercio al pormenor vergonzoso, el trabajo de los artesanos es innoble, los obreros y los tenderos son hez de la ciudad». Séneca se indignaba que se dijera que los oficios eran invención de los filósofos, afirmando que éstos no podían descender a tales vilezas. Hubo de nacer Jesucristo en la familia de un carpintero y elegir a sus apóstoles entre pescadores y publicanos, para que fuera ennoblecido el tra-

bajo manual y en no pocas órdenes religiosas se prescribe a los monjes.

Mucho se ha hablado de los conflictos que hay entre la ciencia y la Fe, cuando sólo puede haberlos entre científicos y teólogos, lo que es muy disiinto. No olvidemos que en las ciencias teológicas hay aserciones que en parte son ciertas con certidumbre científica, y en parte opinables y dotadas de mayor o menor probabilidad. En las ciencias filosóficas y naturales hay tesis ciertas, con hipótesis, teorías y opiniones más o menos probables. Es írecuente que los sectarios presenten como verdades indiscutibles las hipótesis científicas, olvidándose de que muchas de ellas vinieron a tierra y fueron sustituidas por otras, que sólo deben admitirse como probables.

Afirmose que la historia de la ciencia es realmente la historia de las ilusiones científicas y en verdad algo hay de ello. Basta, como ejemplo, recordar respecto a la luz las hipótesis de las emanaciones y de las vibraciones; respecto a la electricidad la de los flúidos positivo y negativo, luego la de las vibraciones, ahora la de los iones, etc. D. Santiago Ramón y Cajal, que sin duda es autoridad científica de primer orden, dice en la sexta edición de su famosa obra titulada «Reglas y consejos sobre investigación científica, 1920»: «¡Qué de hipótesis, al parecer definitivas, no han

caído ruidosamente en física, en química, en biología, etc., durante los últimos lustros!» Y por cierto que en el texto de la misma obra hay un párrafo en que se muestra partidario de la selección natural, y en una nota consigna: «Hoy creo menos en el poder de la selección natural que al escribir hace 28 años estas líneas. Cuando más estudio la organización del ojo de los vertebrados e invertebrados, menos comprendo las causas de su maravillosa y exquisitamente adaptada organización».

Prescindiendo de los misterios, la demostración de las verdades religiosas, una por una, como la de las científicas, suele ser asequible únicamente a los iniciados en los respectivos ramos del saber, mas para penetrarse de la certeza de algunas de ellas basta una ligera preparación, y es suficiente una sola prueba de la divinidad de lo Revelado para que admitamos sin vacilar como verdadero cuanto cree y confiesa la Iglesia.

Además no se olvide que las afirmaciones contrarias a la fe se nos presentan a veces más obvias y más fácilmente comprensibles para nuestro limitado entendimiento, y por consiguiente aparecen más verosímiles que los dogmas, aunque con alguna reflexión nos penetremos luego de que el juicio formado al recibir la primera impresión fué erróneo. Refiriéndose a otro orden

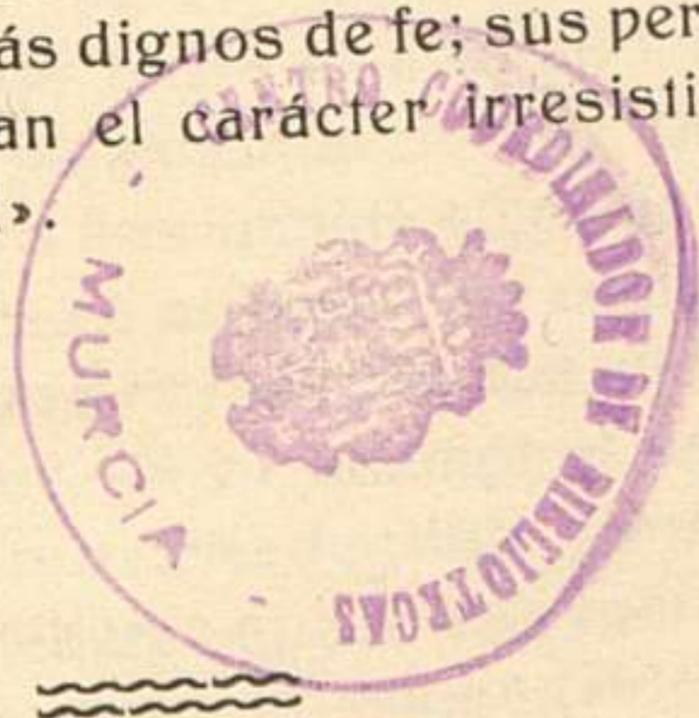
de verdades, dice el citado Sr. Ramón y Cajal: «Los cerebros débiles se adaptan mejor al error, casi siempre sencillo, que a la verdad, a menudo austera y difícil». No lo olvidemos.

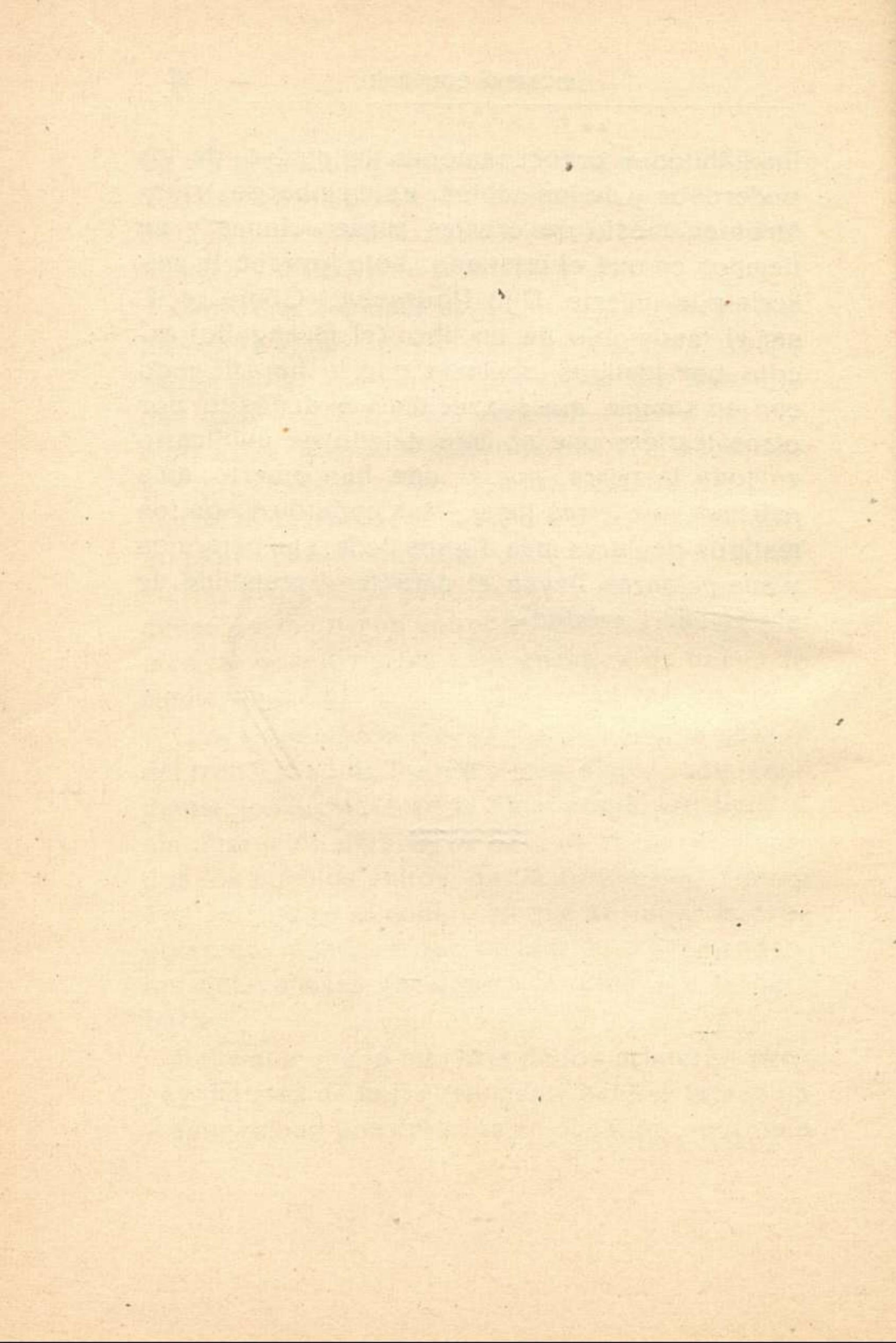
Conviene también apreciar la diferencia que hay entre el cuerpo y el alma de la Iglesia. Aquél, según Moigno, comprende a todos los hombres que desde su fundación vivieron en su seno. El alma de la Iglesia comprende a la vez a los justos que desde el origen de los tiempos pertenecieron al cuerpo de la Iglesia y a los infieles que, no teniendo conocimiento de la verdadera Fe, vivieron fuera de su seno, creyeron todas las verdades que pudieron conocer, practicaron todo el bien de que tuvieron conciencia, y de buena fe rindieron a Dios el culto que creían verdadero.

Con estos precedentes recordemos que apesar del transcurso de treinta y tres siglos, los mandamientos dictados en el Sinaí continúan siendo, sin alteración alguna, la base de la moral de todos los pueblos cultos, que la doctrina del Nuevo Testamento es el código en que se fundó el progreso del mundo, y que olvidarlos o desatenderlos acerca a las naciones a la ruina y a la barbarie.

Sabemos que la mayoría de los primeros propagandistas de la Fe era gente débil e incrédula y anunciaban una doctrina en absoluto opuesta a

los hábitos y preocupaciones del pueblo, de los poderosos y de los sabios, y sin embargo, triunfaron en medio de crueles persecuciones y en tiempos en que el cristiano, sólo lograba la miseria y la muerte. Dijo Rousseau: «Cómo recusar el testimonio de un libro (el Evangelio) escrito por testigos oculares que lo han firmado con su sangre, que fué recibido en depósito por otros testigos que no han dejado de publicarlo en toda la tierra, por el que han muerto más mártires que letras tiene... los apóstoles son los testigos oculares más dignos de fe; sus personas y sus palabras llevan el carácter irresistible de sinceridad y verdad».







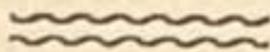
NUESTRA DIGNIDAD

La fe nos dignifica hasta el más alto rango, pues hace que nos penetremos de que Dios es nuestro Padre, y ésto nos impide ejecutar acciones indignas de nuestra nobleza. En cambio, no hallan obstáculos para envilecerse los que se suponen hijos del mono. Sabe además el cristiano que toda autoridad proviene de Dios, y por tanto, que al cumplir los deberes que le asignan sus superiores sirve en realidad al mismo Dios, y sin duda hará mejor su labor que quien cree servir sólo a un amo o a un jefe, porque evitará todo descuido y toda falta de asiduidad. Trabajo que realice, inspirándose en tales ideas, sin duda tendrá el valor de las oraciones.

De lo dicho se deduce que no puede rebajarnos el ejercicio de ningún cargo por modesto que sea, y que ocurre en la vida como en el tea-

tro, que suele ser más estimado el actor que hace de villano que el que hace de rey. Ya se dijo que «el mundo comedia es» y lo que importa es representar lo mejor que podamos el papel asignado por Dios.

Se afirma también que, así como el esclavo trabaja por temor al castigo y el jornalero por el salario, el hijo lo efectúa por amor, y que cuanto más lejos estemos del espíritu del jornalero, mayor será el jornal que Dios nos otorgue. El verdadero católico trabaja en el mundo por amor de Dios, y por lo tanto no sirve como jornalero, sino como hijo.





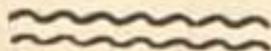
VIDA LARGA Y SANA

La práctica de la Religión nos da salud y nos alarga la vida. En efecto, como dijo Moigno, nos defiende del suicidio en todas sus formas, que es la constante ocupación del hombre. Prohibe la gula, causa de graves males de estómago, y sabido es que el alcoholismo origina numerosas enfermedades. En realidad prohíbe también todo exceso en cualquier sentido, impulsándonos a seguir la vida de familia, que es la más sana para el cuerpo y para el alma. Además nos mueve a madrugar y a no trasnochar respirando atmósferas malsanas. La Religión es por tanto la más firme base de la higiene, y si se persuadiesen de ello los gobernantes, como debieran, dedicarían una parte importante de los presupuestos para ese ramo a la propaganda católica, ya que sus máximas impulsan a preparar

BIBLIOTECA REGIONAL
MURCIA

generaciones sanas y vigorosas, con lo que a la vez ganaría enormemente la cultura del país.

Los malos pensamientos, que en realidad son el origen de los vicios y los crímenes, sólo pueden ser combatidos eficazmente por la Religión, pues sabido es que las leyes humanas únicamente castigan actos, y el respeto humano, que es el temor al «qué dirán», si impide en alguna ocasión aparecer como vicioso, nunca impide el serlo, cuando nos penetramos de que el acto permanecerá oculto.



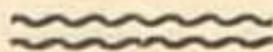


EL VALOR

Nadie negará que el valor es elemento de dicha para el hombre y que el valor se acrecienta cuando sabe uno que está bien acompañado, sobre todo si los acompañantes son en realidad invencibles. En cualquier circunstancia en que se halle el cristiano, lo mismo en el desierto que ante un numeroso ejército, le consta que mientras sea fiel a la ley de Dios, tiene a su lado para que le amparen y defiendan al Angel de su guarda, a los santos que invoque y al mismo Dios, siempre dispuesto a atender los ruegos de sus hijos, con tal que redunden en provecho espiritual de ellos. Si no les saca en toda ocasión del peligro, es porque les sería perjudicial. Recuérdese lo que dijo D. Quijote al soldado que iba a la guerra, que lo peor que podía resultarle era morir y como muriese en gracia, era lo mejor que resultarle podía.

El católico sabe que si muere en gracia salva su alma, y sabe también que aunque fallezca después de haber cometido un pecado grave, si se arrepintió de corazón y se propone confesarlo, haciendo un acto de contricción perfecta también se salvará, de modo que tiene mucho adelantado para ser valiente.

Al valor va unida la prudencia. Dijo S. Pablo: «Desconfía de los hombres que bajo la aparente mansedumbre de la oveja ocultan la crueldad del lobo pérfido. Estudia sus costumbres antes de estudiar sus lecciones, y así como juzgas del árbol por su fruto, del mismo modo debes juzgar su doctrina por sus obras». Y el verdadero valor dá la serenidad suficiente para moderar necios arrebatos.





LA ACTIVIDAD

Las máximas religiosas avivan nuestra actividad y nos persuaden de que debemos ejercitarla. El mundo supone que cada cual es dueño absoluto de lo que le pertenece, y que el hombre puede hacer lo que quiera de su salud, de su tiempo, de sus bienes, de su talento, etc., por no tener presente que todo éso le fué concedido por Dios para que cumpla su destino en la tierra, o sea para servir a Dios y a sus semejantes por amor de Dios.

Recuérdese la parábola de los talentos que el amo entregó a sus servidores. A los que los emplearon en provecho de su señor éste los recompensó pródigamente, y castigó al que había enterrado la suma dada. Desgraciadamente, con harta frecuencia acostumbran los hombres no sólo a no emplear bien los talentos que Dios les dió, sino a emplearlos para el mal.

El católico sabe que peca si se suicida y aunque son contados los que se quitan la vida airadamente, son innumerables los que se dedican a suicidarse poco a poco; y conste que no me refiero a aquellos casos en que se deben arriesgar vida y salud con algún fin noble. Sabe también el cristiano que el tiempo es un don de Dios a la criatura, y que le ha de dar cuenta del que pierda; que la ley del trabajo es general para todos los hombres, cualesquiera que sea su condición y su edad, mientras no les falte la salud, y por tanto, deben someterse a ella tanto el rico como el pobre, teniendo la gran ventaja el rico de poder elegir, hasta cierto punto, el género de actividad que más le agrada, ya para honra de Dios, ya para provecho del prójimo. En esto no hay jubilación ni retiro. En cambio, reportan los que así lo hacen el beneficio de que se libran del fastidio, del aburrimiento, mal muy común en los ricos que se entregan a la vagancia. No es por cierto que se exija un trabajo continuo y se prohíba toda diversión. El salmo 67 dice: «Los justos coman y beban y huélguense y regocíjense a su tiempo, empero sea de manera que todo pueda parecer delante de los ojos de Dios.»

De esa actividad tan recomendada, de ese tiempo que se nos da, Dios reclama su parte y no pocos se la niegan por suponer que las obli-

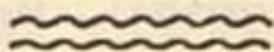
gaciones de su estado lo absorben todo. En contadísimos casos será ésto cierto; porque hay muchos trabajos que son compatibles con la oración, y además forzosamente se emplea algún tiempo en vestirse y arreglarse, en ir al punto del trabajo, en esperar algo o a alguna persona, en viajar, en dar un paseo, en explayar el ánimo, y aunque el sitio más indicado para orar sea el templo, de mí sé decir que mi alma se eleva también a Dios al contemplar los sublimes espectáculos de la naturaleza, especialmente en el bosque, en la playa y sobre todo en las salidas y puestas de sol, que parecen una anticipación de las dichas celestes.

Dijo un santo: «¡Cuánta gloria perdemos por nuestra negligencia cada hora! ¡Cuántas buenas obras pudiéramos hacer en ella! Nunca estés enteramente ocioso, mas lee, escribe, medita, reza, o haz algo en provecho de la comunidad.» Y el Kempis añade: «¿Por qué buscas el descanso, habiendo nacido para el trabajo?»

No faltan individuos que excusan su apatía con lo mucho que harían, según suponen, si estuvieran en otra posición, lugar o tiempo más favorables. El famosísimo Cardenal Gibbons, dijo: «Amemos nuestro tiempo, porque es el que nos ha dado Dios para trabajar» No nos perdamos en necias disquisiciones, y dadas las circunstan-

cias que nos rodean, veamos el medio mejor de emplear nuestra actividad en provecho de nuestra familia, de nuestros conciudadanos, de la humanidad, del progreso, y lancémonos a la obra, seguros de obtener la recompensa más generosa, pues el católico sabe que nada hace gratis, y que la deficiencia de la recompensa que reciba por su labor en este mundo, se traducirá en aumento de dicha después de su muerte, es decir, después que haya renacido para la vida eterna. Dios no pide al cocinero que predique bien ni que estudie teología, sino que guise bien y eleve su alma para manifestarle su gratitud, y al que dió como uno no exige que le devuelva como cuatro, ni al propagandista de la Religión que obtenga muchos triunfos, sino que trabaje para lograrlos. Dios no recompensa el éxito alcanzado, sino el esfuerzo y buena voluntad empleados en la tarea que nos fué asignada.

En la acción se nos recomienda algo que suele faltar a muchos de nuestros compatriotas: la constancia. San Mateo dice: «No imites a aquellos frívolos y débiles, que desmayan al menor trabajo o les arredra el menor revés.»





LA TRISTEZA

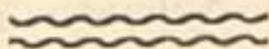
En las novelas y en el teatro, suele presentarse a las personas religiosas siempre severas, intransigentes y sobre todo entristecidas y «entristecedoras» y aunque de todo hay en el mundo, incluso hipócritas; el verdadero cristiano sabe que debe huir de la tristeza. A este propósito dice el Padre Alonso Rodríguez que «a muchos les hizo caer la tristeza en pecados y así la llaman algunos «cueva de ladrones y nido de demonios.» El Eclesiástico afirma que «todos los males vienen de la tristeza.» San Mateo ordena «no andeis tristes como los hipócritas» y San Francisco de Asís afirma que «al demonio y a sus miembros pertenece estar tristes, mas a nosotros alegrarnos en el Señor» y añadió: «Bien está llorar nuestros pecados ante el altar, pero mostraos alegres cuando esteis entre vuestros

hermanos, porque no deben mostrarse tristes los servidores del Rey del Cielo.»

No quiere ésto decir que nos pasemos la vida con la sonrisa en los labios, ni que tengamos corazón de piedra para las desgracias propias y ajenas. Uno puede estar apenado, pero nunca entristecido, porque a la tristeza acompaña el desaliento y la falta de acción; y de ésto debemos huir. Muchas veces el desaliento es la forma que adopta la holgazanería, como al decir: «Hay que cruzarse de brazos, por ser inútil ahora trabajar o luchar contra el mal. Estos tiempos son imposibles.» El cristiano no debe sostener ni admitir tal cosa. Siempre se puede hacer algo para combatir el mal, y jamás está vedado implorar el auxilio divino, siendo la oración mucho más poderosa que en general se supone. Dijo un sabio que acaso en el mundo no había cosa más útil que orar, tanto para conseguir la propia salvación como para disipar males que afligen al país y a la humanidad entera.

Cuando acometa la tristeza al cristiano, no olvide que hasta en este mundo puede disfrutar de dichas que parecen reservadas especialmente para los bienaventurados, pues en el templo goza de la presencia real y efectiva de nuestro Redentor, por más que sólo puede contemplarle con los ojos de la fe, sucediéndole en este punto lo

mismo que al ciego, que aunque no vea a una persona está seguro de hallarse en su presencia. También está penetrado de que jamás desatiende sus ruegos, dándole lo que le pide, o algo aún mejor, si a su espíritu conviene.





LA LIBERTAD

La Religión hace al hombre verdaderamente libre. La libertad del hombre no es la facultad de hacer todo lo que desea, sino la de poder realizar el bien propio o ajeno, y esa libertad la proporciona a grandes dosis nuestra fe. El que siempre hace lo que quiere suele sufrir la más insoportable tiranía, pues queda convertido en vil esclavo de desordenados apetitos.

Mucho se han encomiado la bondad y los admirables frutos debidos a la libertad, que es gran cosa cuando se la utiliza para lo bueno, o sea, cuando no se aparta de lo que la Religión prescribe, pues ésta encamina al bien nuestra voluntad, y al mismo tiempo la fortalece y afirma. Hasta las privaciones que nos impone la Religión en ciertos casos, juzgadas ridículas por algunos, sirven para robustecer la voluntad, consiguiendo que jamás se doblegue a los apetitos desordenados.



RESIGNACIÓN

La Religión nos hace resignados, porque consta al católico que «todo sucede en el mundo por voluntad, permiso u orden de Dios, excepto la culpa y el pecado», como dijo el P. Alonso Rodríguez, y añadió: «Los trabajos, adversidades y deshonras nos vienen de mano de Dios, y se sabe que aquella es su voluntad». También recomienda que se contente el hombre «con el talento que Dios le ha dado, y no quiera nadie ser más de lo que Dios quiere que sea. Imite a los miembros del cuerpo humano, que cada uno cumple su misión y no se quejan.»

El mismo P. Rodríguez, maestro de cuanto se relaciona con este asunto, asegura que: «siempre habemos de ir con este fundamento, creyendo que aquella bondad y misericordia infinita de Dios no enviaría ni permitiría semejantes males».

si no fuera para sacar de ellos mayores bienes, y por este camino llevar al cielo a muchos que de otra suerte se perderían», y recomienda «hacer de la necesidad virtud, para que ya que padecemos, sea con fruto. No es nada lo que padecemos para lo que esperamos recibir; no es nada lo que nos piden para lo que nos dan. De valde nos lo dan.»

San Agustín dijo: «Creo que el dolor tiene una misión tan hermosa que cumplir, que debiéramos tener suficiente abnegación para pedirle a Dios que no lo aleje de nosotros ni de los que amamos. Hoy y mañana combate y fatiga, y después el descanso eterno.»

Kempis escribe: «Con razón debías sufrir algo de buena gana por Cristo, porque hay muchos que sufren más graves cosas por el mundo»; y «Si de buena voluntad llevas tu cruz, ella te llevará al fin deseado, en donde será el fin del padecer. Si contra tu voluntad la llevas, la hiciste más pesada.»

Según S. Francisco de Asís, «la perfecta alegría no consiste en hacer milagros curando enfermos y ciegos, ni en resucitar muertos, ni en conocer los misterios del mundo, ni en convertir infieles; sino en vencerse a sí mismo y sufrir con resignación por amor de Dios.»

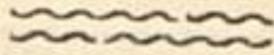
Durante nuestra vida hay que pasar en ocasio-

nes por grandes penas y dolores que ponen a prueba nuestra resignación. Es durísima la pérdida de la fortuna cuando obliga a vivir con una modestia a que no estamos acostumbrados, sobre todo, si las privaciones han de ser compartidas por personas de la familia; y también duele la muerte de un protector decidido, la defección de una persona de nuestra confianza, etc. Todo ésto es doloroso, pero cabe el consuelo de que podemos convertir en bien el mal que lamentamos y las ideas religiosas nos dan aliento para ello. No todos sufren esos males, pero todos hemos de llorar la pérdida de padres, hijos, esposo, hermanos o amigos, a quienes queremos con toda el alma.

Para la pérdida de la fortuna cabe pensar que Dios jamás abandona al que en Él confía, y hay muchas familias que cuando vivían en la opulencia educaban deficientemente a sus hijos y que tras la ruina vino el despertarse la actividad en los descendientes, y éstos ganaron en buenas cualidades y hasta supieron crearse posiciones envidiables.

La pérdida de personas muy allegadas no tiene reparación; pero la fe nos dice que cuando cumplieron sus deberes de cristianos no debemos compadecerlos, porque al morir para el mundo nacieron para el cielo: sabemos además

que «nos siguen con la vista y con el corazón», como dijo S. Agustín, y que pueden hacer más en nuestro favor que cuando estaban en la tierra; pues sus ruegos, como los de los demás bienaventurados, son escuchados por nuestro Padre celestial. Y cabe también implorar su ayuda, pues aunque no se debe rezar como a Santo a quien no esté canonizado, podemos implorar privadamente a las personas bautizadas que murieron antes de llegar a la edad de la razón, y pedir el patrocinio de los bienaventurados de nuestra familia. Este consuelo es el mejor de todos.



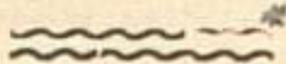


LA SOBERBIA

La Religión nos veda la soberbia, que hace ferrozmente antipáticos a los hombres, por mucho que valgan, y con justicia se dice que es la madre de todo pecado. En efecto, el fruto de la soberbia es rebelarse contra las decisiones de la Iglesia en la interpretación tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, y la tendencia a admitir como verdades indudables lo que cada cual piensa en materias religiosas, con la especial circunstancia de que frecuentemente tal pensamiento no es fruto de la ciencia propia ni aun de madura reflexión, debiéndose sólo a que muchos hombres tratan de acomodar la Religión a sus caprichos y con más frecuencia a sus vicios y a sus pasiones.

El verdadero cristiano hace constantemente actos de humildad, por estar convencido de que no debe confiar en su saber ni en su prudencia,

y así implora a menudo el auxilio de Dios, lo que le mueve a conocer sus propias flaquezas, alejándole del orgullo. Sabe además que, como dijo San Jerónimo, «el aplauso y la estimación del mundo nos pueden hinchar pero no nos pueden hacer grandes» y «que la honra y la estimación nos siguen cuando de ellas huimos y cuando las perseguimos huyen de nosotros.» Ésto, que es evidente y vemos comprobado todos los días, demuestra que hasta para recibir honras quien las desee, es obstáculo el orgullo, por lo que los mismos orgullosos suelen hacer alardes de humildad, en cuyo caso vulgarmente la llaman «humildad de garabato», que rebaja lo bueno que hicimos para que otros lo ensalcen. Recomienda el Kempis: «No te tengas por mejor que los demás, porque acaso valgas menos a los ojos de Dios, que sabe lo que hay en el hombre.»





TOLERANCIA

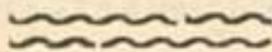
El católico está obligado a ser tolerante, pues sabe que «no hay pecado que otro no hiciera si no le detuviese la mano de Dios», de modo que forzosamente tiene que mirar con benevolencia las faltas que el prójimo cometa. En los Proverbios se nos dice: «El fatuo muestra pronto su enojo, mas el que disimula la injuria es prudente». «La respuesta suave quebranta la ira, la palabra dura aviva la saña.»

Suele tacharse a los católicos de intolerantes, y efectivamente, no podemos transigir con el error en materias de fe, pero forzosamente hemos de mirar a los equivocados como a hermanos que tienen esa desgracia y a quienes, si se puede, debemos desengañar.

Se cita el tribunal de la inquisición como prueba de la intolerancia de la Iglesia, y en cambio se alaba la tolerancia de los protestantes, tole-

rancia de que dió buena prueba el fundador de la secta, Lutero, que excitó repetidas veces a los nobles alemanes a la matanza de eclesiásticos y monjes, y a la guerra contra los católicos; Calvino en Ginebra, siguió procedimientos iguales o aún más crueles que los aplicados en España a los herejes, e Isabel de Inglaterra otros peores. Y a este propósito, para que se vea cual es la tolerancia de que también pregonan los filósofos, citaremos que Rousseau dijo que «si alguien procede como incrédulo respecto a la religión de su país, sea condenado a muerte.»

No se olvide que los jueces eclesiásticos de la inquisición se limitaban a declarar la inocencia o culpabilidad del reo, y lo entregaban al brazo se-
glar, que aplicaba las leyes del reino contra los herejes. Débese añadir que Voltaire afirma que gracias a la inquisición escapó España de los horrores que deshonraron las demás naciones.



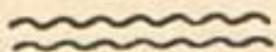


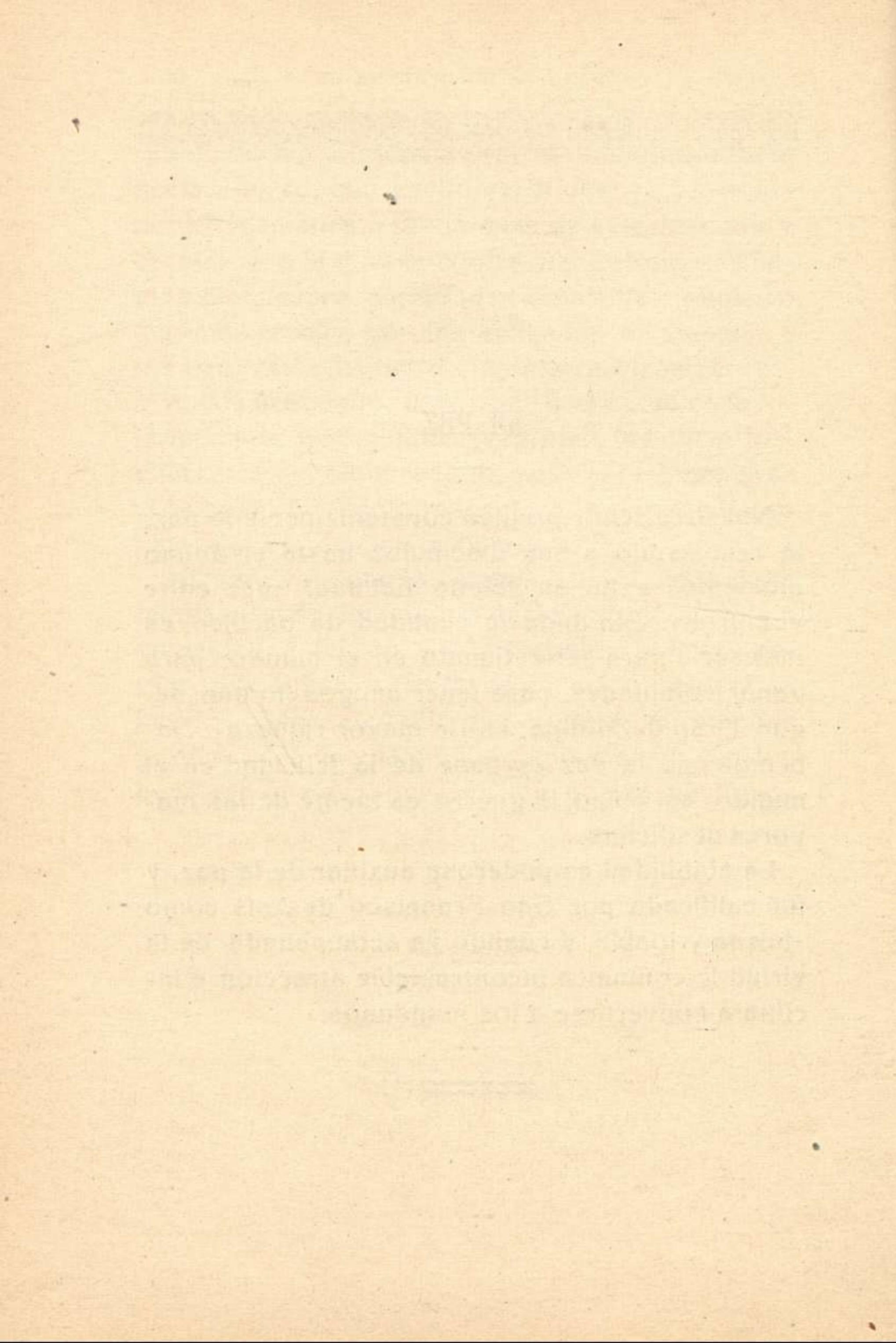
LA PAZ



Nuestro Señor predicó constantemente la paz, la recomendó a sus discípulos hasta el último momento, y fué su saludo habitual «paz entre vosotros». Sin duda la cualidad de pacífico es necesaria para ser estimado en el mundo, para ganar voluntades, para tener amigos, lo que, según Tirso de Molina, es «la mayor riqueza». Sabemos que la paz es base de la felicidad en el mundo, así como la guerra es fuente de las mayores desdichas.

La afabilidad es poderosa auxiliar de la paz, y fué calificada por San Francisco de Asís como «buena y loable, y cuando va acompañada de la virtud le comunica incontrastable atracción e inclina a convertirse a los mundanos.»







LAS FAMILIAS

Las ideas religiosas tienden a hacer la felicidad de las familias, porque procurando la salud de los individuos disminuyen o suavizan las penas que causan las enfermedades, porque reforzando la idea de la gerarquía se mantiene el orden indispensable en toda agrupación de hombres, siendo ésto más fácil de lograr en ellas, porque el amor ayuda en gran manera a cumplir los deberes. La actividad contribuye al mismo objeto, ya que los hombres trabajadores, durante el tiempo que dedican a expansionar sus almas, se predisponen a hacerse agradables, mientras que los perezosos o están vivamente contrariados cuando se les obliga a trabajar, o pasan la vida sufriendo el gran castigo de los vagos, que es el aburrimiento. También, cuando afligen a los cristianos desgracias inherentes a la vida humana, saben resignarse, y

en familia resulta más soportable la cruz propia, porque los parientes ayudan a llevarla.

En cambio, el orden que haya en las familias sin ideas religiosas suele deberse más al temor que al amor, ya que éste resulta amortiguado. En ellas es frecuente que el padre se vea abandonado por los hijos cuando más los necesita, que el marido se separe de la esposa, y que se miren como enemigos los hermanos.

Sin duda hay casos de familias sin ideas religiosas que se llevan bien, y existen hogares que se llaman cristianos en que hay disgustos debidos a la aspereza de ciertos caracteres, pero son excepciones, y entre los antes citados es seguro que si carecieran de ellas, las luchas se encontrarían considerablemente. El verdadero hogar, en que los individuos se aman y se prestan mutuo apoyo, sólo se encuentra entre cristianos o entre familias que sin ser creyentes ajustan sus actos a la moral cristiana.

Con sólo ser un individuo religioso tiene mucho adelantado para lograr su felicidad en este mundo, porque disminuyen sus penas y aumentan considerablemente sus satisfacciones, pero si además pertenece a una familia cristiana ve acrecer sus dichas y aliviados sus pesares, contemplando sana y robusta su descendencia.



LAS NACIONES

Las ideas religiosas hacen felices a las naciones, porque las autoridades saben que ejercen el mando por delegación divina, y así resultan menos propensas a abusar del poder que las que carecen de freno religioso. Por cierto que esas ideas contribuyen además a que no se sienta «la sed insaciable del peligroso mando» (1) dando tranquilidad al espíritu el moderar la ambición, y ésto también es valioso elemento de dicha.

La idea de que el poder de las autoridades todas es delegación de Dios, las impulsa a no apartarse de la justicia, porque la pena que en el otro mundo ha de sufrir todo el que sea injusto se agrava mucho sin duda, para el que ejerciendo mando se doblégó a favores o a recomendaciones. Yo creo que a ésto se refiere especial-

(1) Fray Luis de León.

mente El Eclesiástico cuando dice; «por cuanto juicio muy duro se hará con los que gobiernan.»

Un Estado compuesto exclusivamente de católicos prácticos, es decir, de hombres que ajustaran sus actos a las doctrinas de la Iglesia, sería un pedazo de Cielo en la Tierra, pues todos vivirían felices, ya que para todos se convertirían los males en bienes, y les alentarían las más halagadoras esperanzas. Certísimo es aquello de que «cuando el soberano es el mismo Dios, todos los deberes civiles son a la vez deberes religiosos, todos los deberes religiosos se convierten en deberes civiles.»

Las leyes humanas sirven de freno para los actos; pero las divinas refrenan además los pensamientos y las intenciones; con lo que aumenta considerablemente su eficacia. De ésto resulta que cuanto más se ajusten los ciudadanos a la doctrina católica, menos inspectores, jefes, jueces y cárceles serán necesarios, reduciéndose en proporción los impuestos.

Desgraciadamente el ideal es irrealizable, por la natural imperfección humana, pero la curva que tiene por abscisas los grados de catolicismo y por ordenadas la perfección moral de los individuos, sin duda se acerca a cero en su origen, y crece progresivamente, sino hasta el infinito, poco menos.

Así como para el ingreso en casi todos los servicios del Estado se exige a los individuos que a ellos aspiran un cierto grado de robustez física; aun mirando las cosas desde el punto de vista en que nos hemos colocado, debiera también exigirse un cierto grado de catolicismo, y el Estado saldría ganando no poco. Yo creo que todo gobernante de buena fe, aunque no fuera creyente, debía prestar apoyo a la propaganda de nuestra Religión, y en cambio impedir o dificultar la de las ideas contrarias, pues con ello aumentaría el número de ciudadanos, serían más sanos y vigorosos y de más larga vida, habría menos revoluciones y trastornos y cada soldado valdría por tres de los de otro país, asegurándose la independencia del propio. Impidiendo las diversiones y los espectáculos incultos se favorecería el desarrollo de la cultura, y las industrias y las artes progresarían forzosamente.

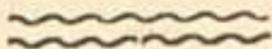
Es grave error suponer que el catolicismo es obstáculo para el progreso científico, olvidando la gran proporción de sabios que hay en la actualidad pertenecientes a institutos religiosos. Jamás ha prohibido la Religión investigar en cualquier terreno y publicar los resultados que se obtienen. Lo que está prohibido es sacar consecuencias de ellos contrarias a lo admitido por la generalidad de los católicos, mientras no se de-

muestre su certeza, y de paso advertiremos que no se consideran como verdades absolutas todas las interpretaciones actuales de doctores particulares sobre los hechos y afirmaciones que figuran en las Santas Escrituras ya que algunas pueden ser modificadas por nuevos estudios y descubrimientos.

A propósito de lo antes consignado, debemos insistir en que, sin duda, hay librepensadores cuya conducta se ajusta a la moral cristiana; pero esos mismos, si fueran católicos resultarían más morales aún, También hay católicos que, por debilidad, caen en algunas inmoralidades; pero esos individuos, de no tener el freno religioso vivirían en perpetua inmoralidad. Prescindiendo de los hipócritas, tanto de la virtud como del vicio, porque también hay de éstos por desgracia, ya que unos y otros inspiran asco.

Ciertamente la libertad es don del cielo de gran valor, y cuando menos se abusa de ella más amplia puede concederse a los ciudadanos. En cambio los abusos obligan a que se restrinja en alto grado, porque la salvación de la patria debe ser lo primero para todo gobernante, y desgraciadamente, está desacreditado el refumbante dicho de que los excesos de la libertad se corrigen con la libertad misma. Al contrario, resulta muy cierta la afirmación del Apóstol Santiago de que «el

Evangelio es la ley de la libertad», y está corroborada por otros no católicos. Benjamín Fránklin afirmó que «una nación no puede ser verdaderamente libre si no es virtuosa, y cuanto más corrompido y más depravado es un pueblo, mayor necesidad tiene de amo.» Leon Tolstoy aseguró que «sólo pueda ser libre aquel pueblo para quien el que la ley de Dios sea la ley suprema, a la que deben subordinarse las demás leyes.»





COMPLEMENTO DE LA DICHA

Aunque las ideas religiosas constituyen la sólida base de la dicha en este mundo, para conseguir la mayor posible es preciso que se quiera ser feliz; pero con voluntad decidida; porque desgraciadamente, la mayoría de los hombres se esfuerzan en poner los medios para no lograrlo. Esto, que parece paradoja, es una realidad incontrovertible, como también es certísimo que la mayoría de los que ansiando goces, quieren larga vida, trabajan para acortarla y para perder la salud. No basta con decir que algo se quiere; hay que quererlo de veras, practicando cuanto sea necesario para que se realice nuestra aspiración. Otra cosa es querer y no querer.

En primer lugar, aspiremos a la felicidad dentro de lo posible. El que quiera gozar del espectáculo de las selvas tropicales debiendo habitar en Spitzberg, el que sueñe con los hielos del po-

lo, con montañas flotantes de hielo y con osos blancos, y tenga que vivir en la isla de Cuba, el que recluso en un bosque quiera recrearse en teatros y museos, o suspire por la selva, cuando no puede salir de Madrid, estúpidamente se hace desgraciado. En esta cuestión, como en otras muchas, hay que ser *posibilista*, y no aspirar a vivir en el siglo XX como se vivía en el XVI, ni a coger la luna con las manos.

Lo primero que debemos hacer, dada la localidad en que habitemos, es reparar en lo bueno que hay en ella, y que esté a nuestro alcance. Dicen generalmente que en Madrid el que no tiene dinero, no puede gozar. Claro es que el automóvil, los teatros y las fiestas de la buena sociedad, son cosas caras; pero al alcance de todas las fortunas está disfrutar de los paseos, de la vista de las grandes vías, de las novedades expuestas en los escaparates de las tiendas, de las maravillas que hay en los museos, de la lectura en numerosas bibliotecas, de las funciones religiosas, de escuchar a grandes oradores, etc. Y si se vive en un pueblo o en el campo, cabe también imitar al naturalista cuando examina algo con el microscopio, haciendo grande lo pequeño y apreciando detalles que con frecuencia son más bellos que el conjunto. En una selva nos atraen las masas de arbolado; pero donde hay un sólo ár-

bol mucho hallaremos qué admirar, fijándonos en el tronco, en las ramas, en las hojas, en las flores, y en los frutos, y también en los pájaros y en los insectos que acuden al árbol. Tanto goza el que tiene un jardín lleno de flores, como el que cultiva algunas en cuatro tiestos, y el que devora páginas y páginas leyendo rápidamente como el que dedica horas y horas a estudiar una obra maestra de la literatura, y en verdad, más provecho saca éste que aquél.

Cuando el trabajo no es abrumador, hace que el tiempo pase sin sentir, y la labor ejecutada nos complace y regocija. Recordemos, además que, el mejor descanso consiste en la variedad de ocupación, que lo preferible es alternar los ejercicios intelectuales con los físicos, y mejor aún cuando puedan simultanearse. También es muy general el funesto error de creer que los ciegos no pueden trabajar, circunscribiéndose sus tareas a tocar la guitarra y a pedir limosna. El ciego puede leer, escribir y hacer muchas cosas que, evitándole el aburrimiento de la ociosidad, le permiten disfrutar de las dichas morales y materiales de la ocupación. No se olvide tampoco lo que se ha adelantado en la construcción de aparatos adaptables a los mutilados, que les permiten ganar la subsistencia.

Otro manantial de goces es el ejercicio de las

obras de misericordia, y si bien para las temporales hay que disponer de algo que cuesta dinero, las espirituales no arruinan a nadie. Prueba de que este camino puede hacer feliz al hombre, lo hallamos en numerosas instituciones y especialmente en las Hermanas de la Caridad, que renuevan los votos anualmente y son contados los casos de que vuelven a la vida seglar, aunque sufran privaciones, contemplan siempre desgracias, se ven insultadas a veces por los mismos a quienes prodigan sus cuidados y con frecuencia no son debidamente atendidas en los establecimientos oficiales de beneficencia por los funcionarios administrativos, que en ellas hallan obstáculo a tendencias censurables. No pocas veces les dije que comprendía la vocación de asistir a enfermos y a locos, pero no la de aguantar groserías de sanos, y me contestaban que para realizar lo uno había que sufrir lo otro.

Cuando un individuo dedica su actividad a la profesión que le inspira preferencia, mucho se le facilita el acceso a la dicha, y debe dar gracias a Dios por ello, mas si se equivocó, sepa que toda ocupación resulta grata e interesante ahondando su estudio, y entonces, o por la utilidad de sus aplicaciones o por algo inherente a la misma materia, la hallará grata. Lo más grave es cuando, por culpas propias o ajenas, tomamos un estado

que no corresponde a nuestra vocación. Supongamos que quien nació para seglar se halla sacerdote, que es el caso peor, y aun entonces no debe considerarse irremisiblemente desgraciado. Resista la fatal tendencia humana de pensar en los que acaso solo aparentemente son más felices que él, y compare su suerte con la de los más desgraciados, pues así debiéramos proceder siempre. Haga entonces exámen detenido de las ventajas, tanto materiales como espirituales que le proporciona su estado, repase detenidamente los inconvenientes del que no logró, y no olvide que una de las mayores satisfacciones que tenemos en la tierra es haber cumplido nuestros deberes. Desgraciadamente suele hacerse lo contrario, pues se fijan las personas en los inconvenientes que tiene el cargo propio y en las ventajas del ageno.

Análogamente debemos proceder respecto a las cualidades de los individuos con quienes debemos tratar, sean superiores, iguales o inferiores. No se olvide que los malos reclutas tienen la desgracia de que siempre sus capitanes sean malos, y la recíproca resulta también cierta. Indudablemente, es mucho más grato tratar con gente simpática y bien educada, que con los de áspero carácter, pero aun con éstos se puede sacar partido para el bien. Uno de mis compañeros

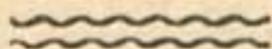
decía, cuando tropezaba con alguno de esa clase, que se dedicaba a domesticarlo, y para ello, se esmeraba en prodigarle las mayores atenciones, y así lograba su objeto, convirtiendo el trato desagradable en la resolución de un problema interesante y del que ambos reportaban ventajas. Uno de esos hurraños llegó a ser su mejor amigo.

Todo el que aspire a la felicidad en esta vida, debe empezar por examinarse a conciencia para extirpar los indicios de egoísmo que en sí encuentre, pues los egoístas, buscando ante todo su provecho se hacen desgraciados, mientras que los altruistas, procurando el bien de los demás antes que el propio, cosechan simpatías y satisfacciones. Al proceder así no aspiren a verse recompensados, pues si llevan esa mira, tendrán muchos desengaños.

Es preciso también esforzarse en dominar las pasiones, y luchar enérgicamente para ello, con la convicción de que el hombre siempre puede contrarrestar las malas tendencias; pero cuando sus fuerzas se vayan debilitando y tema ser arrastrado, pida auxilio a lo alto, y no se declare nunca vencido. La lucha puede ser en ocasiones muy desagradable, pero cuanto más duro haya sido el combate, mayor será la satisfacción que proporcione la victoria. Al «conócete a tí

mismo» de los filósofos, añade el «vécete a tí mismo» que es la mejor victoria; y quien sabe vencerse y dominar sus pasiones se hace verdaderamente libre.

Por último, pensemos con frecuencia en que «esta vida no es la vida» sino un transitorio viaje a la eternidad, en el que, por causas variadas, puede correspondernos hacer el recorrido ya en coche-cama, ya en furgón. Desde luego, nada nos impide aspirar honradamente a mejorar de *clase*; pero sin duda son los más felices los que por amor de Dios, voluntariamente pasan a otra inferior. Lo importante es no *¡descarrilar!* y esto siempre está en nuestra mano, contando con el auxilio divino.



(CON CENSURA ECLESIASTICA)



EPÍLOGO

Que las más bellas flores del España, las más bellas flores silvestres, cubran su tumba. Que cuando los niños y los mozos vayan a la montaña, un recuerdo fervoroso para él brote en sus corazones. Que cuando en las horas ardientes del verano reposemos cobijados en fresca sombra, pensemos que esta sombra se la debemos a él. Que cuando en el otoño vayan cayendo doradas las hojas y nuestras plantas pisen mu-llida y dulce sombra, consideremos que este gra-to caminar no lo tendríamos sin él. Que cuando nos detengamos frente a un bello árbol de tronco recio y recto, de ancha y sombrosa copa, veamos en tan hermoso ejemplar una remembranza de él, y digamos entre nosotros: « Su vida fué recta como el tronco de este árbol y la sombra de su bondad amparó la desgracia y el infortunio ».

Que cuando en las empinadas breñas veamos esos indómitos árboles montaraces que meten sus raíces entre las piedras y se levantan airosos sobre el abismo, tengamos presente la voluntad tenaz, perseverante, maravillosa, del hombre que logró cubrir de follaje verde la desnuda sobrehaz de la montaña. Que cuando en los días limpios contemplemos allá en lo alto, entre los claros del ramaje, el inmenso cielo azul, abriguemos la certidumbre firme de que su espíritu estará allá arriba, en la serena región de lo inmortal.

**Amigos: Que las más bellas flores del Espu-
ña cubran su tumba; las más bellas flores
silvestres.**

AZORÍN



(Publicado con el título de *Oración* en el n.º 90 del mes de Octubre de 1923 de «España Forestal»).

ÍNDICE

	<u>PAGS.</u>
Semblanza del autor, por Gabriel D'Aguerriá . . .	5
Advertencia	9
La Religión Católica	11
La Fe	15
La verdad de la Religión Católica	19
Nuestra dignidad	27
Vida larga y sana.	29
El valor	31
La actividad	33
La tristeza	37
La libertad	41
Resignación	43
La soberbia	47
La tolerancia	49
La paz.	51
Las familias	53
Las naciones	55
Complemento de la Dicha	61
Epílogo.—Oración de Azorín	69

